



Julio Cortázar:

El otro lado de la esfera

(Inflexiones metabiográficas)

Marco Mejía T.

No fue posible a la medianoche, pero él lo hubiera querido así; algo de impenetrable, de misteriosa desnudez, tiene ese instante de eternidad fugaz que da el tránsito a la profundidad de la noche —lo sabe muy bien Nietzsche con sus campanas de la noche honda, lo sabe muy bien Bergman con su *Hora del lobo*, lo saboreó muy bien Julio Cortázar, en ese amargo sabor del café en la medianoche, frente al hierro que encuentra la escritura en el insomnio —.

No fue posible a la medianoche, fue al mediodía el día de San Valentín, y ninguno de los que allí acudieron con flores, trompetas o libros adoptaron esa postura incómoda de la “conducta en los velorios”. No; estaban allí para saltar en la *Rayuela*, sobre esa broma inusitada de la muerte y acompañarle para que se acomodara en aquel nicho junto a su compañera Carol Dunlop, asistido por la creencia de que era medianoche y no mediodía, como lo aseguran los versos de uno de sus tangos:

¿Por qué no hay mediodía ahora aquí?
Es medianoche siempre, donde uno va.
Pa' qué encender la luz,

si al fin total
lo mismo da estar vivo que morir.

Pero ese guiño de la muerte de Julio Cortázar tiene su contrapartida y es el asunto del nacer; ocurre en una Bruselas invadida por los alemanes, en el escenario de la Primera Guerra Mundial, hace cien años ya, centenario que justifica estas líneas y todas las que se diseminan para recordar los efectos que aquel azar —“mi nacimiento fue producto del turismo y de la diplomacia” — trajo a los parajes de la imaginación.

Desde entonces, empieza ese crecer que se propasó en el tamaño de sus manos y de su corazón, desmedida que sirvió para abarcar los excesos de la realidad y de la fantasía, insertos en su obra. Ni músico, ni marinero, como apetecía en sus impulsos de infancia y juventud, sino una rara atracción por la pluma y el tintero desbocando poemas y prosas que apresuran sus ganas de llegar pronto a esa estación donde la certidumbre del ser adulto señala el rumbo y el “decídetes”: revelación que firma con una tiza de color, dejando atrás los pasos de docente y dando lugar a la aparición de un tal Julio Denis, responsable de esos primeros intentos de



Ilustración Srta. Scarpetta

escritura que esconden temerosamente el nombre de Julio Cortázar.

La cosa se pone seria cuando una tarde se presenta, con el manuscrito del cuento "Casa tomada", en la antepuerta de una revista literaria en la cual hacía de secretario de redacción el visionario ciego de Buenos Aires, Jorge Luis Borges. El cuento, publicado con dos ilustraciones a lápiz de Nohra Borges, fue la punta de lanza para esa enorme descarga de posibilidades e imposibilidades que vendrían después en sus fabulaciones.

Desde Argentina salta hacia esa, su otra patria mental y cultural: París, ciudad

que simbolizará, así como su antípoda, Buenos Aires, gran parte de las cotidianidades, obsesiones y lugares imaginarios de una escritura que incursiona desde la naturaleza insospechada de sus relatos hasta las novelas que se arman en la lectura misma, y desemboca en las transgresiones y atrevimientos que dan entrada a textos indefinibles, nombrados como misceláneas, almanaque o collage, nominaciones que no logran clasificar aquella libertad estética y literaria.

El universo de su obra lo lleva a sumergirse en los secretos visibles de París: el Metro, los suburbios, los bares, los paseos, y van revelándole personajes, si-

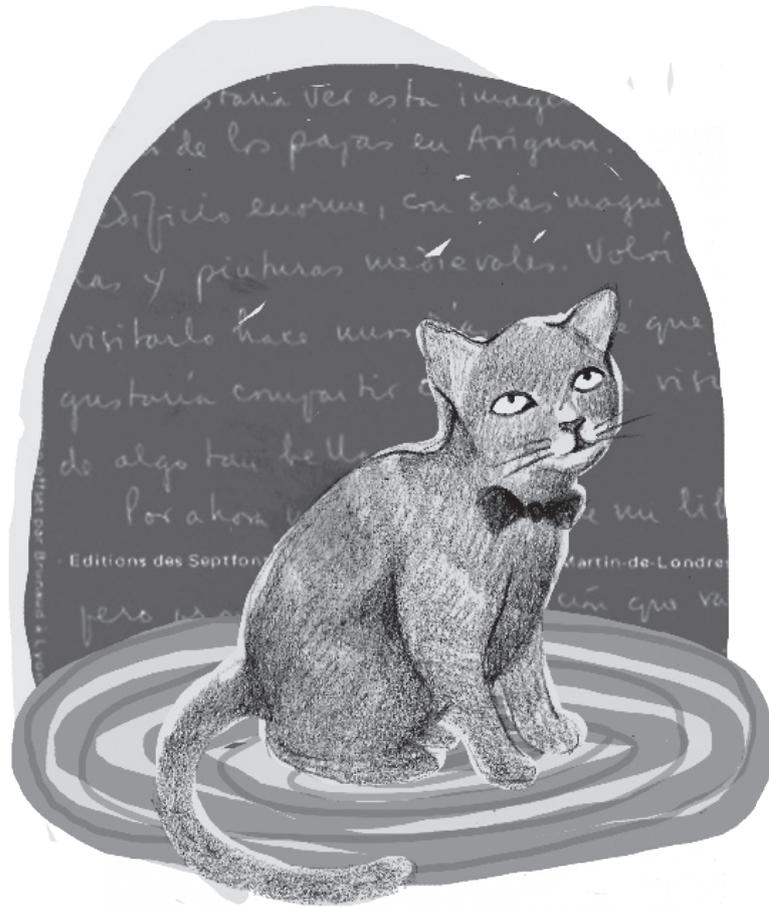


Ilustración Srta. Scarpetta

tuaciones, pistas que lo remiten a Buenos Aires, a Montevideo y lo devuelven a los Campos Elíseos, a la dicotomía del aquí y del allá, hasta concebir situaciones extraordinarias que ocurren así sin más: un anónimo hombre, tras negociar en la Bolsa parisina, entra por un pasaje y sale a Buenos Aires y luego aparece a través de una galería en París; también puede ocurrir que un motociclista sufra un accidente en la calzada y sus delirios se lo roban hasta una época de guerreros aztecas que van tras sus pasos para llevarlo al sacrificio, y es quizás el sueño de un guerrero azteca a punto de ser sacrificado en la sala de cirugía de un hospital. O es el encuentro con esos impensables seres que andan por ahí, como “sí” que-

riendo la cosa; se multiplican en todas las formas, y con todos los tamaños, Cronopios, para mencionar qué y cómo son, y qué no son: Famas, por supuesto.

Son, a fin de cuentas las cosas que pasan, o pueden pasar o que nunca pasan, pero ocurren allí entre las páginas de los relatos de Cortázar y así se le verá liberando de las jaulas a miles de bichos rastroeros, o en el intento de detener conejos engendrados en un inevitable vómito, y que inician su invasión como un *Bestiario*, génesis de ese mundo de fuerzas que deambulan mezclando, alterando y horrorizando la realidad y que empieza a sacudir a lectores de aquí y de allá, los mismos que trituran confites para verifi-



car que no estén rellenos de cariñosos insectos, evitan mirar de frente a los peces de las peceras, o ponen sus oídos en las paredes de la casa antes de abrir las puertas, no sea que los “otros” hayan tomado posesión de sus espacios.

Toca dar el salto en estas líneas y abordar ese hecho que conmocionó al mundo de las letras: la aparición de esa novela que empezó, no dando tumbos, sino golpeando fuerte; algo anormal, anómalo, inusitado, estaba tras sus páginas. No vale ni siquiera esa tabla de dirección que tiene en sus primeras páginas para orientar (¿acaso desorientar?) las lecturas. No es un libro, sino varios, pero para más comodidad dos: ese que se lee seguidito hasta el final del capítulo 56 y puede dejarse la cosa ahí, y el otro en el que se usan los capítulos prescindibles de “todos los lados” para volver a saltos “al lado de acá” y “al lado de allá”. La gracia está en llegar —o no— al cielo, en ese cuadro final de la *Rayuela*.

La novela creó múltiples actitudes alrededor de la ruptura y de las transgresiones inmersas en sus páginas: capítulos que se volvieron objetos de culto y se recitaban de memoria en cada encuentro; personajes que se dimensionaron hasta lo mítico: Oliveira, la Maga, Rocamadour, Talita y Traveler encarnaron vivencias que tomaron cuerpo en cuartos cuidados solo para la pasión y la intimidad; calles que indistintamente tendían puentes soñados entre Europa y América Latina; u otros tantos “clubes de la serpiente” que aparecieron en pasillos universitarios, y en bares rojos y azulosos, para exaltar un amor que, como el de la Maga, cortaba raíces y germinaba en pluralidades hasta volverse meta de todo juego que oscila y salta entre los infiernos de la conciencia y el cielo de la rayuela.

Tantas voces que se insertan en su literatura son, sin embargo, una y la misma, e incluye esa convicción de conciencia social que a tantos incomoda —a unos por su tibia visión política, a otros por el presunto abandono de la hondura metafísica—, pero que a Julio Cortázar sedujo por esa porción de utopía contenida en la reflexión sociológica, en la práctica de la solidaridad, en la reivindicación de la dignidad y en la lucha por el destino humano.

El misterio y la batalla suben y bajan por la misma escalera, saltan o retroceden en el mismo juego, y giran sobre el otro lado de la esfera en un caos ordenado según la posible imaginación de quien lo lee o lo quiere entender.

Siguió creciendo con excesiva medida, hasta que vio morir a su gato Teodoro Adorno, a su compañera Carol, y entonces decidió buscarlos en ese “otro cielo” que tiene la nada, justamente en esa indecisión que oscila entre el invierno y la primavera de París, en un febrero que guardó en el cementerio de Montparnasse, en un mediodía que parecía medianoche, con ese inmenso cuerpo al que, a pesar de la muerte, le cabía toda la inmortalidad encima.

Marco Mejía T. Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, es ensayista, poeta, narrador y documentalista. Ha publicado, en los géneros de ensayo, crónica y novela, los libros: *La fragancia de la identidad*, *Cuerno de imagen*, *Los disidentes del camposanto*, *El mar de la gracia*, *Las llaves del periódico*, *Cuervo* y *La hija de Cervantes*. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.